

América surcada por sus animales (leyendas)

Nota:

En el presente trabajo se han **recreado** leyendas indígenas levantadas por antropólogos e investigadores, la selección se realizó priorizando las leyendas indígenas sobre animales de América.

Se trata de relatos recreados que, en todos los casos, conservan el núcleo original de cada historia, respetando su origen indígena así como el trabajo de relevamiento realizado por investigadores.

L.G.

La venganza de la tortuga (*)

Unos monos invitan a la tortuga a comer frutos en lo alto de un árbol. La ayudan a trepar pero luego se van y la abandonan en la copa.

Pasa un jaguar. Recomienda a la tortuga que descienda, pues tiene la intención de comérsela. La tortuga se niega y el jaguar decide quedarse en el sitio, sin quitarle los ojos de encima a su presa. Finalmente se cansa y baja la cabeza. Entonces la tortuga se deja caer y con su duro caparazón le parte el cráneo al jaguar. ¡Weh, weh, weh! – exclama la tortuga riendo y palmoteando.

Se come al jaguar y con uno de sus huesos hace una flauta.

*Basada en Leyenda indígena recogida por Claude Lévi-Strauss

La tortuga desafía al jaguar (*)

El jaguar despreciaba a la tortuga por su lentitud y su hilo de voz.

Ésta lo desafia: que cada uno se encierre en un agujero y a ver quién aguantará más tiempo. La tortuga sabe que ella sin aire, sin agua, sin alimento, puede resistir mucho tiempo, varios días.

El jaguar acepta rápidamente y se somete a la prueba. Conforme pasan los días el jaguar se debilita, va perdiendo la fuerza del cuerpo y su voz se convierte en un breve susurro. Cuando la tortuga destapa el orificio el jaguar ha muerto.

Una multitud de moscas revolotea sobre sus restos.

(*) Basada en Leyenda indígena recogida por Claude Lévi-Strauss

¿Por qué el jaguar ve en la oscuridad?(*)

En un tiempo pasado el jaguar se entera por la cigarra de que el sapo y el conejo le han robado el fuego mientras andaba de caza. Lo llevaron al otro lado del río. El jaguar llora.

Aparece un oso hormiguero. El jaguar le propone un concurso de excrementos. Pero el oso hormiguero hace una sustitución: se apropia de los excrementos que contienen carne cruda y hace creer al jaguar que los suyos constan solamente de hormigas.

Para desquitarse, el jaguar invita entonces al oso hormiguero a hacer juegos malabares con sus ojos desorbitados: los del oso hormiguero caen en su sitio, los del jaguar se quedan enganchados en lo alto de un árbol. Y ahí lo tenemos, ciego.

Satisfaciendo el ruego del oso hormiguero, el pájaro macuco (1) hace al jaguar ojos de agua que le permitirán ver en la oscuridad.

Desde entonces, el jaguar sale de noche solamente, ha perdido el fuego y come la carne cruda. Además, nunca ataca al macuco.

(*) Basada en Leyenda indígena recogida por Claude Lévi- Strauss

¿Por qué el colibrí es tan hermoso y el sapo cururú tan feo? (*)

Tupá estaba formando el mundo y poblándolo con los seres que hoy vemos en él, su tarea era ímproba e ininterrumpida. Las aguas lamían las tierras creadas y un firmamento muy azul limitaba el espacio con una bóveda de nubes. El sol, recién salido de las manos de Tupá, enviaba haces de luz que daban calor y brillantes matices a las plantas y embellecían la tierra con el verde de ramas y hojas, y los rojos, los blancos, los amarillos y los azules de sus pétalos de seda.

Tupá miró su obra y decidió poblar los aires y las aguas. Entonces formó las aves y los peces. Los aires se llenaron de alas y los árboles de nidos. Las más bellas y delicadas avecillas, las más fuertes y audaces surgían de sus manos todopoderosas y buscaban el árbol o la montaña que las habría de cobijar.

Tan entusiasmado estaba Tupá con su obra alada, que resolvió hacer una joya que surcara el aire despertando la admiración de todos por su belleza, por su color, por su aspecto, por su forma de volar. Tomó un poco de arcilla, muy poca, y le dio una forma graciosa de leve aspecto; le agregó las alas tenues y movedizas, una cola preciosa; un pico muy fino y largo para que la nueva avecita lo pudiera introducir en las flores en busca del néctar contenido en su interior, y cubrió el cuerpo de finísimas y sedosas plumas.

Mezcló luego los más bellos colores con rayos de sol para darles reflejos irisados y con ellos pintó las plumas de la nueva avecilla que, ya terminada, batió sus alas pequeñas y en vuelo gracioso y sutil comenzó su recorrido de flor en flor, temblando sobre ellas y sin posarse en ninguna.

Según los guaraníes, la llamó mainumbí (picaflor). Satisfecho, la miró alejarse, seguro de haber creado la más bonita, la más graciosa, pequeña y sutil de las aves, sólo comparable a la más hermosa flor.

No sólo Tupá tenía esa idea. De ella participaba también Añá, a quien la envidia inspiraba todos sus actos. Añá, escondido detrás de unos árboles, no había perdido detalle de la creación de la última obra de Tupá. Decidió realizar una obra siguiendo en todas sus partes el procedimiento usado por el Dios bueno. Tuvo buen cuidado de realizarla con la misma arcilla, de la que tomó un buen trozo, para que no le llegara a faltar y con sus ganchudas manos trató de darle una forma elegante amasándola y acariciándola, imitando lo que había visto hacer a Tupá.

No consiguió tantos colores para terminar su creación, pero no le dio mayor importancia, y con el verde, el negro y el blanco amarillento que halló, pintó la arcilla. Miró su obra seguro que bien podía competir con la de Tupá, y -muy conforme con ella - la tomó entre sus dos manos, la levantó en el aire y, allí, dándole un pequeño impulso, trató de echarla a volar.

En el mismo momento que libró su creación de la prisión que la contenía y dirigió la vista hacia lo alto, un ruido sordo se oyó en la Tierra. Miró sorprendido Añá, y un gesto de estupor cambió su expresión satisfecha. Su obra, en lugar de volar, había caído al suelo, de donde salió dando saltos.

Contra todas las suposiciones de su creador, Añá, muy a su pesar y contra su voluntad, había creado al sapo cururú en lugar de un hermoso pájaro.

(*) Basada en Leyenda guaraní

¿Por qué el tero tiene los ojos rojos? (*)

Dicen que en lejanas épocas los teros eran señores muy ricos que desde hacía tiempo tenían instalado un negocio de venta de ropas. Ganaban mucho con sus ventas y tenían como principales clientas a las vizcachas, señoras bien coquetas que estrenaban trajes todos los días.

Los teros, que no sabían administrar lo que tenían, comenzaron a fiarles todo lo que les vendían. Ellas así seguían comprando y comprando y ellos, fiando y fiando.

Las deudas se hicieron tan abultadas, que los pobres teros sin poder cobrar esas enormes cuentas, se vieron obligados a cerrar el negocio, volviéndose "más pobres que una laucha", como dice el refrán. Sólo les quedaron los chalecos y las bombachas, que cuidaban muy especialmente caminando siempre derechos para no ensuciarlas.

Cada vez que recordaban en las vizcachas se agarraban la cabeza y gritaban como locos. Habían pensado organizarse en parejas y llegar hasta sus cuevas para sacarles las telas o cobrarles las cuentas, pero ese día no llegaba nunca.

Entre tanto, a las vizcachas se les habían terminado los vestidos, ¡hacía tanto que no compraban! No querían ser vistas tan rotas, tampoco el padre de ellas, que sentía mucha vergüenza y reprendía a su mujer y a sus hijas diciéndoles: "Vizcachas rotas, no tienen vergüenza, no tienen vergüenza". La humillación era tan grande que sólo salían de sus casas de noche.

Los teros sabían que en ese momento podían encontrarlas y, cuando se aproximaban en parejas y bien enojados, gritaban fuerte: "¡Teruterú!, teré, mi género...mi género, mi género!". Las vizcachas entonces huían a esconderse.

Desde entonces las vizcachas quedaron condenadas a salir de noche y los teros se quedaron con los chalecos negros y las bombachas blancas y lloraron mucho, por eso le quedaron los ojos enrojecidos para siempre.

(*) Basada en Leyenda charrúa

¿Sabías por qué la codorniz duerme en el suelo? (*)

Contaba una india vieja que la codorniz sabe mucho, pero tiene mala memoria, y por eso terminó durmiendo en el suelo.

Un día fabricó un nido muy bonito, lo adornó y acomodó todas sus pertenencias. Para festejar su trabajo salió a pasear con sus amigos, se le pasó la hora entre bailes y bromas, tomando grapa, mucha grapa miel, totalmente distraída.

Al llegar la madrugada, quiso regresar a su nido en el que tanto había trabajado, que había hecho con tanto esmero pero ¡se olvidó dónde estaba!

Y, como no lo encontró, ahora duerme en el suelo.

(*)Basada en Mito recogido por Samuel Feijóo en Las Villas, Cuba.

¿Por qué el perro le tiene antipatía a la rata? (*)

Había una vez una fiesta de animales con baile, comida y bebida: ¡de todo! Pero a ese banquete solo podían ir los animales que tuvieran cuernos como el chivo, el venado, el toro.

Un perro estaba enamorado de una chivita, y para ir a la fiesta se puso unos cuernos falsos y entró a la reunión.

Pero una rata enojada, porque no podía ir a la fiesta, vio que el perro se ponía los cuernos postizos.

Cuando el perro entró a la fiesta la rata comenzó a gritar:

“¡Hay un animal que tiene cuernos postizos”.

Los dirigentes de la fiesta empezaron a tocarle y sacudirle todos los cuernos a los animales para saber si era verdad que había un infiltrado.

El perro tenía los cuernos muy bien pegados y por mucho que se los sacudieran, los cuernos no se desprendían.

Entonces la rata comenzó a gritar:

“¡Es el perro el que los tiene postizos!”

Los organizadores del festejo fueron hasta donde se encontraba el perro le sacudieron los cuernos mucho más fuerte ¡y se le desprendieron! Por lo que los dueños del convite lo echaron.

Desde entonces los perros cada vez que ven una rata se le echan encima y la atacan.

(*) Basada en Mito recogido por Samuel Feijóo en Las Villas, Cuba

¿Por qué la lechuza no ve de día y el mono no habla? (*)

El mono y la lechuza eran grandes amigos. La lechuza tenía fama de inteligente y siempre le explicaba al mono todo lo que pasaba en el mundo. A su vez el mono divertía a la lechuza con sus monerías y charlatanería.

La lechuza y el mono disfrutaban el día, desde la mañana temprano hasta que aparecía la diosa Luna.

El dios Día apreciaba a la lechuza. La respetaba tanto por su sabiduría, como por su lealtad, y le daba alegría que disfrutara del día.

Pero el dios Día no quería a la diosa Luna.

La Luna siempre estaba sola, y era muy arrogante.

El Día quiso castigar a la Luna por su soberbia. Entonces la invitó a una fiesta en la que usaría unos polvos mágicos para que quedara ciega, y le pidió a la lechuza que llevara la invitación.

La lechuza le contó al mono, pero no vio que un loro estaba escondido en lo profundo de un árbol y escuchó la conversación.

El loro, adulón, voló hasta encontrar a la diosa Luna y la alertó para que no cayera en la trampa del dios Día.

La Luna enojada llamó a la lechuza y al mono, además de rezongarlos castigó a la lechuza y la dejó ciega.

El mono triste y asustado por su amiga comenzó a gritar y gritar, entonces la diosa Luna, molesta por la imprudencia y la charlatanería, lo dejó mudo.

(*) Basada en Leyenda recogida en Matanzas, Cuba.

¿POR QUÉ EL CANGREJO NO TIENE CABEZA? (*)

Una vez creado el mundo, con montañas, valles, ríos, hasta caminos el dios Olofi descubrió que a los caminos solo los transitaba el viento e hizo hombres para que transitaran los caminos. Pero Olofi solo hizo los cuerpos de los hombres, esos cuerpos se movían pero iban de un lado a otro, sin cabeza y sin rumbo.

Fue Obatalá, que era el moderador de los tres dioses: Olofi, Obatalá e Ibaibo, y que iba a hacerse cargo de las almas, el que las hizo Erí, las cabezas. Pero a esas cabezas le faltaban la palabra y la vista.

El dios Ibaibo le puso la palabra en la boca al hombre y la vista en los ojos.

La cabeza pudo ver lo que pensaba y pensar en lo que veía, y con el tiempo pensar en lo que no veía.

El hombre habló claro entendía y lo entendían.

Al ver los resultados las demás criaturas quisieron tener sus cabezas y mandaron al cangrejo que hablara con el dios *Obatalá*.

Obatalá le dijo que estaba trabajando sin cesar desde que amanece hasta que anochece, que a nadie le iba a faltar su cabeza.

“_ Vuelve de aquí a un tiempo y te daré tu Erí”.

El cangrejo, que camina reculando: tres pasos atrás, tres pasos al costado nunca en línea recta, se fue tierra adentro. Luego por la costa y llegó hasta el último pedacito de tierra, anunciando a los animales que muy pronto tendrían ese adminículo, llamado Erí tan necesario y, a veces, tan útil como adorno.

Mientras el cangrejo recorría la tierra, pasaban y pasaban los días.

Llegó el día *Obatalá* convocó a todos los animales al gran reparto de cabezas bajo el árbol *Oú*.

La multitud de seres vivientes, prevenida por el cangrejo, corrió a recibir el precioso donativo. Cada cual se encasquetó su cabeza, la misma cabeza que usan hasta el día de hoy. Pero el pobre cangrejo caminaba tan, pero tan lento que no llegó a tiempo al árbol y ya no quedaban más cabezas, se habían acabado.

“_ Lo siento -le dijo Obatalá- ahora tienes que quedarte sin cabeza, no hay ni una de sobra en el Taller.”

(*) Basada en Leyenda yoruba, Cuba.

II ¿Por qué el cangrejo no tiene cabeza? (*)

Hace muchos, pero muchos años, había un hombre que no tenía cabeza, sin embargo se las arreglaba tan bien con las manos que de todo se apropiaba.

El cangrejo era bueno, noble y fatalmente confiado.

Insambia Punguele había invitado a todos los habitantes de la Tierra a la loma Cheché Kalunga, donde vivía, para discutir quién sería capaz de dirigir la Tierra.

El hombre sin cabeza era amigo del cangrejo y le pidió la cabeza prestada, el cangrejo que no sabía de la reunión le prestó la cabeza por hacerle un favor.

El hombre se desenvolvió bastante bien con la cabeza del cangrejo. Miró, observó, escuchó y luego que hablaran todos los otros animales fue él quien habló y lo hizo con tan gran elocuencia que Insambia no

dudó de su inteligencia y lo nombró guía de los animales sobre la Tierra, entregándole un látigo como símbolo de su cargo. El cangrejo, que no había asistido a la reunión, esperaba impaciente por su amigo, al pie de la loma.

El hombre al verle le preguntó con voz fuerte:

_¿Qué hace usted ahí?

_Espero por usted para que me devuelva mi cabeza- dijo el cangrejo.

_ Pues sepa usted que es mi decisión quedarme con su cabeza.

_ No es necesario que se la quede, cuando usted la necesite, yo se la presto. Devuélvame la que la necesito esta noche.

_ A mí me hace más falta que a usted pues hoy Insambia Punguele me nombró dirigente de todos los animales de la Tierra. Dese por descabezado y no me moleste más- dijo el hombre mientras pegaba con el látigo.

El cangrejo, molesto, protestó pero como no tenía cabeza para saber la dirección que tomaba se fue dando tumbos y en su huída rodó de espaldas y donde llevaba la cabeza se le colocaron dos piedrecitas formándole los ojos.

(*) Basada en Leyenda Musunde, Cuba.

¿Por qué los perros se huelen la cola? (*)

Hace mucho, mucho tiempo, antes del mundo, los perros eran muy importantes, tenían mucho poder.

Entonces, acordaron reunirse todos, toditos los perros. A la fiesta concurrieron todos los perros del mundo. Antes de entrar a la fiesta debían dejar la cola colgada de los clavos que había en la puerta.

Cada perro que llegaba colgaba en un clavo su cola, eran millones de clavos y millones de colas. La fiesta fue tremenda, corría la grapa sin control, los perros fueron perdiendo el control y subiendo el tono de sus conversaciones, se volvieron agresivos al usar las palabras y se pelearon. Y nadie podía sujetar a nadie ¡aquello era una guerra!

Los perros salieron huyendo. Fue el corre-corre de perros más grande de todos los tiempos. En el apuro y la desesperación cada perro que se iba agarraba una cola cualquiera y se la ponía entre las nalgas; fue así como se confundieron las colas de los perros.

Desde entonces, cuando los perros se encuentran, se huelen la cola para descubrir, por el olor, cuál es la suya y ponérsela otra vez.

(*) Basada en Leyenda recogida por Samuel Feijóo en Caonao, Cienfuegos, Cuba.

¿Por qué existe el baile del Alacrán? (*)

Akeké, el alacrán, vivía en una cuerda floja.

El cielo sostenido por los hermanos Sapa y Sapo empezó a descender porque ellos se cansaron. Los hombros se les ampollaron y ya eran costras negras y hombros chatos.

El alacrán se cansó del cielo y bajó por la cuerda. Llegó a la tierra contento, pero a los pocos días se empezó a aburrir.

Pensó en qué pensaría y terminó sin pensar.

Le dio entonces por picar: Picó al primer hombre que se le cruzó por su camino. Y el hombre saltó.

Luego esperó a que pasara una pareja de un hombre y una mujer.

Cuando la pareja pasó las picó y el alacrán dejó de aburrirse porque la pareja bailó de dolor toda la noche. Entonces les avisó a todos los alacranes que cogieran la cuerda y bajarán.

Ellos bajaron y picaron a diestra y siniestra.

Y ahí nació el baile. De la picada de Akeké.

(*) Basada en Leyenda recogida por Miguel Barnet, Cuba.

¿Por qué los pájaros tienen distintos colores? (*)

En épocas muy remotas ya existían, en nuestros campos y bosques, plantas que ostentaban flores de preciosos y variados colores; fuesen éstas grandes o pequeñas, de corolas múltiples o sencillas, de exquisito perfume o sin él.

No sucedía lo mismo con nuestros pájaros, cuyo plumaje era en todos igual: es decir, del color de la tierra con que los hicieron el dios Inti, Mama-Quilla y la Pachamama.

-Nosotros -pensaron con toda justicia nuestros pájaros- también podemos, como las flores, lucir en nuestras plumas esos mismos colores con que ellas llaman la atención, haciéndose admirar tanto. Y como era deseo de todos los pájaros poder lucir en su cuerpo plumas de bonitos y vivos colores, resolvieron reunirse para pensar en el medio de conseguirlo.

_Pero, ¿cómo conseguiremos dar color a nuestras plumas? -se preguntaban. En esto consistía el más importante de los problemas y la mayor dificultad para resolverlo.

Después de discutir varias opiniones, algunos propusieron hacer un viaje al cielo para pedir al dios Inti la gracia de que pintase sus plumitas con los colores con que había pintado las flores. A todos les pareció magnífica la idea, y batieron sus alitas en señal de aprobación.

También idearon la forma de manifestarle su contento, en el caso de que les concediese la gracia: elevarían en su honor un himno de gratitud, uniendo todos sus más melodiosos cantos; himno que sería mucho más solemne y hermoso que aquel con que cada uno lo saludaba en la alborada de cada nuevo día.

Sin pérdida de tiempo, comenzaron a prepararse para realizar el viaje. Lo suponían largo y peligroso; pero estaban decididos a realizarlo, con tal de lucir el hermoso plumaje con que tanto soñaran. Reunidos nuestros pájaros en bandadas numerosísimas, emprendieron su viaje en una mañana hermosa, pensando regresar antes de la entrada del sol.

Mientras la mayoría emprendía el vuelo para visitar al dios Inti hubo otros que se quedaron en la tierra. ¿Por qué?

Uno de ellos, nuestro laborioso hornero, se quedó construyendo su nido. Ya sabemos que su plumaje está muy de acuerdo con su arte de humilde y sabio constructor. Desde entonces el hornero orienta siempre su nido hacia el sol.

La tacuarita o ratona no viajó, porque sus pichoncitos eran aún muy pequeños y estaba enseñándoles a volar. Desde entonces sólo canta cuando brilla el sol, y lo hace mirando hacia él.

El pirincho o pirirí tenía la tarea de ser útil en unos sembrados; y como siempre fue tan cariñoso y buen compañero del hombre, desde aquella época se lo quiere más por bueno que por bello.

La calandria tuvo por misión alegrar la soledad del bosque con su cantar maravilloso. Y lo hizo con arte tan exquisito; puso en su canto tanta gracia y armonía que, desde entonces, es el pájaro cantor que no tiene rival en toda América.

Y hubo uno pequeñito, que por ser tan pequeñito no pudo volar al cielo. Era el tumiñico. Este diminuto pajarito quedó volando, inquieto y ligero, sobre las flores del bosque. Parecía una grácil mariposa visitando las corolas más bonitas y vistosas. Era tal su impaciencia, esperando el regreso de los pájaros viajeros, que no se quedaba quietecito ni un instante, ni asentaba sus patitas en el suelo (como ahora). Así anduvo todo el día, de flor en flor, volando delicada y sutilmente.

Llegó la hora del crepúsculo. Los viajeros no aparecían. Y pasó también la noche sin que ellos regresaran.

El alba de un nuevo día animó el bosque con el despertar de los pájaros que habían quedado en él. Llenos de ansiosa curiosidad revoloteaban de rama en rama.

Inti, dios supremo que dominaba el aire, la tierra y el agua, considerando muy justas las aspiraciones de sus alados hijitos, decidió que ellas se convirtieran en realidad. Y la realidad fue hermosa. Verán cómo:

—Estas aves no podrán llegar a mí—, se dijo Inti. Con el calor de mis rayos se quemarán sus alitas y no podrán volar. Es preciso que pinte sus plumitas suavemente y con dulzura.

¿Y qué hizo?... Reunió algunas nubes que había en el cielo, les ordenó que lo ocultasen y que hicieran caer una copiosa lluvia, justamente en el lugar por donde viajaban las aves en su busca.

Éstas encontraron el refugio de un bosque para resguardarse del aguacero que tan inesperadamente parecía detenerlas en su valiente ascensión.

Luego Inti hizo que las nubes se apartasen para dar paso a sus hermosos rayos formando un espléndido arco iris. Atraídos por la hermosura de sus divinos colores, todos los pájaros volaron presurosos y se posaron dulcemente en él a fin de que les diese un poquito de belleza para sus deslucidos plumajes.

Cada uno quería elegir el color que más le agradaba.

Y así fue cómo ellos iban de acá para allá, recorriendo el arco iris en procura del encanto de sus siete colores.

El cardenal metió su cabecita con copete en la franja roja, y con eso se quedó muy contento.

El dorado se paseó largo rato por la amarilla. Por eso sus plumitas son ahora de ese tono.

Al jilguero también le gustó el amarillo y se paseó un ratito por él, quedando negra su cabecita, porque la noche llegó y borró el arco iris.

El churrinche se tiñó casi todo de color rojo vivo, y dejó sus alitas oscuras como las sombras de la noche.

Tantos colores eligió el sietevestidos, los recorrió tanto en todas direcciones, que consiguió para sus plumas todos los que le dio el arco iris. Por eso lo llamamos también “sietecolores”.

Y así como éstos, todos eligieron libremente el color de su plumaje. Luego decidieron regresar.

Por la noche volaron sin descansar. Deseaban llegar al bosque lo más pronto posible, para mostrar a sus compañeros el color de sus plumas como prueba de la bondad del dios Inti. Por eso, al amanecer del día siguiente, instantes después de que los pájaros del bosque abandonaran sus nidos, mostrándose inquietos y afligidos por la tardanza de sus valientes amigos, se vio algo así como una lluvia de flores que caía sobre el verde follaje de los árboles: eran las bandadas de mil pájaros que traían en sus plumas los bellísimos colores del arco iris.

En el barullo y confusión de la llegada de los felices viajeros, por los revoloteos de todos y los saltos y piruetas de los pichones ante fiesta tan completa, ninguno había advertido que entre ellos faltaba el picaflor.

¿Dónde estaba? ¿Por qué no compartía el regocijo de todos? ¿Por qué no concurría él también a la fiesta de la gracia y del color?

Inmensa, indescriptible fue la sorpresa de todos los pájaros instantes después, cuando, en rapidísimo, vivaz, inquieto e incesante vuelo, llegó hasta ellos el diminuto tumiñico; el más pequeñito de todos; ¡el más lindo entre los lindos!

Una sola exclamación salió de todos los pájaros.

-¿Cómo tienes esas plumas tan brillantes y preciosas si tú no has volado hasta el arco iris?

Picaflor oyó esta pregunta y otras muchas que le hicieron los pájaros del bosque, y no supo responder.

Vino en su ayuda una flor, que dijo:

-Tumiñico tiene ahora los colores del iris, los de nuestros pétalos y los de las piedras preciosas, porque ama la luz, la miel de los cálices y las gotas de rocío...

Picaflor se miró en el agua tranquila de un arroyito cercano, voló de una flor a otra, y lanzando al aire su gritito, dijo:

-¡Cantemos a Inti el himno prometido!

Y el coro de las mil voces armoniosas de la selva se elevó hasta el cielo.

(*) Basada en Leyenda calchaquí, Argentina.

¿Cómo apareció el ñandú en la tierra? (*)

Había una vez, en tierras mendocinas, una gran tribu de indígenas muy buenos, hospitalarios y trabajadores. Vivían en paz y armonía con las tribus vecinas.

Un día se enteraron que del otro lado de la cordillera y desde el norte de la región se acercaban aborígenes feroces, guerreros, muy malos.

Los invasores llegaron y rodearon las tolderías de la tribu de los indios buenos dejándolos encerrados. Sitiados por los indios guerreros la tribu de indios buenos decidió pedir ayuda a un pueblo amigo que vivía en el este.

Pero para llevar la noticia, era necesario pasar a través del cerco de los invasores, y ninguno se animaba a hacerlo.

Por fin, un muchacho de veinte años, fuerte y ágil, que se había casado con una joven de su tribu no hacía más de un mes, se presentó

ante su jefe, resuelto a todo, se ofreció a intentar la aventura, y después de recibir una cariñosa despedida de toda la tribu, muy de madrugada, partió en compañía de su esposa.

Marchando con el trotecito indígena, marido y mujer encontraron las avanzadas enemigas a dos días de la partida.

Sin separarse ni por un momento y confiados en sus ágiles piernas, corrían incansablemente, saltaban, evitaban los lazos y boleadoras que los invasores les lanzaban. Perseguidos cada vez de más cerca por los feroces guerreros, siguieron corriendo siempre, aunque muy cansados, hacia el naciente.

Y cuando parecía que ya iban a ser atrapados, comenzaron a sentirse más livianos; de pronto se transformaban. Las piernas se hacían más delgadas, los brazos se convertían en alas, el cuerpo se les cubría de plumas. Los rasgos humanos de los dos jóvenes desaparecieron para dar lugar a las esbeltas formas de dos aves de gran tamaño: quedaron convertidos en lo que, con el tiempo, se llamó ñandú.

A toda velocidad, dejando muy atrás a sus perseguidores, llegaron a la tribu de sus amigos. Éstos, alertados, tomaron sus armas y se pusieron en marcha rápidamente. Sorprendieron a los invasores por delante y por detrás, y los derrotaron, obligándolos a regresar a sus tierras.

Y así, apareció el ñandú sobre la Tierra.

(*) Basada en Leyenda guaraní

¿Por que la tijereta abre y cierra su cola? (*)

Sucedió hace muchísimos años.

Tupá había decidido que las almas de los que morían y que debían llegar al cielo, lo hicieran volando con unas alitas que Él enviaba a la Tierra por medio de sus emisarios.

Claro que para los mortales esas alitas eran invisibles.

Una vez que el alma llegaba al ibaga, Tupá destinaba esa alma a un ave que Él creaba con tal objeto, de acuerdo a las características que hubiera tenido en vida la persona a quien pertenecía.

En un pueblito guaraní vivía Eíra con su madre que había quedado imposibilitada y dependía para todo de su hija, que a su vez se

dedicaba a atenderla y cuidarla, ganándose la vida con su trabajo.

Eíra era costurera, y para tener a mano la yetapá que tantas veces necesitaba, la llevaba colgada a la cintura, sobre su blanco delantal, por medio de un cordón oscuro.

Muy trabajadora y diligente, a Eíra nunca le faltaban vestidos para confeccionar, de manera que era muy común verla con tela y tijera, cortando nuevos trabajos.

Se hubiera dicho que la tijera formaba parte de ella misma. Por la mañana, al levantarse y luego de haberse vestido, lo primero que hacía era atarla a su cintura teniéndola pronta para usarla en cualquier momento.

A pesar de los cuidados la madre de la laboriosa Eíra murió una noche de invierno, cuando el frío era muy intenso y el viento soplaba con fuerza.

Desde ese momento quedó solo con su tarea, a la que se entregó con más ahínco que nunca tratando de distraerse, la tijera colgando de su cintura acompañaba el ritmo de su paso y brillaba al reflejo de la luz, cuando la costurera se movía de un lugar a otro.

No mucho tiempo después de la muerte de su madre, Eíra enfermó tan gravemente que no fue posible salvarla.

Eíra había sido siempre buena, excelente hija y laboriosa y diligente en sus tareas, por lo que Tupá llevó su alma al cielo.

Allí creó para albergarla un pájaro de plumaje negro, con la garganta, el pecho y el vientre blancos. Omitió los matices alegres y brillantes considerando que su vida había sido humilde, opaca y oscura, aunque llena de bondad y sacrificio.

Cuando Tupá hubo terminado su obra, Eíra se miró y miró a Tupá como intentando pedirle algo.

El Tupá, que conoció su intención, dijo para animarla:

-¿Qué deseas, Eíra? ¿Qué quieres pedirme?

-Tupá... Dios bueno que complaces a los que te aman y respetan... yo desearía...

-¿Qué es lo que quisieras, Eíra?

-Tú sabes que durante toda mi vida sólo al trabajo me dediqué y quisiera tener un recuerdo de lo que me ayudó a vivir...

-Dime, entonces... ¿qué es lo que deseas?

-Yo desearía tener una tijerita que me recordara la que tanto usé en mi vida en la Tierra y que contribuyó a que sostuviera a mi madre.

Encontró Tupá muy de su agrado el pedido de la muchacha, por la

intención que lo inspiraba, y tomando las plumas laterales de la cola las estiró hasta dar a la misma la apariencia de una yetapá, como lo deseara la costurera, otorgándole, además, la propiedad de abrirla y cerrarla a su voluntad, tal como hiciera durante tanto tiempo con la de metal con que cortara las telas.

Así, la tijereta vuela por los cielos.

(*)Basada en Leyenda guaraní

¿Por qué el conejo tiene largas las orejas? (*)

Al principio de la creación, el conejo se quejó al Altísimo por haberle dado muy poco tamaño.

_ No pretendo ser como el camello o el elefante, pero al menos podría ser como el chivo, no diminuto como soy- se quejó el conejo.

Dios le contestó que no podía estar modificando lo ya creado pero que si le conseguía la pluma de un águila, el colmillo de un león y el huevo de una serpiente, le aumentaría el tamaño.

El conejo hizo un pito de calabaza y lo sonó por la montaña hasta que apareció el águila.

_ ¿Cómo te atreves? ¿Qué sueñas?

_ Es un pelo de mi cuerpo que suena una vez al día, como para que vengan a mí animales con que alimentarme, pero mi alimento es otro. Yo, lo que necesito es una pluma tuya para que me respeten. Dame esa pluma que yo te siembro en su lugar mi pelo sonoro.

Hecho el trato, el águila esperó un día y otro y otro más sin que su pelo sonara.

Un pito de calabaza despertó a la serpiente que acudió ante el conejo por entre los pastos. El trato se hizo como con el águila, pero la serpiente –que todavía tenía patas- quería que le sonara una. No hubo

mayor problema, el conejo le arrancó una uña y se quedó cuidando el nido mientras se le pasaba el dolor a la pobre serpiente.

El león, que salía de su cueva, escuchó el sonido del pito de calabaza y fue mayor su asombro cuando el conejo, frente a él, se echó a reír.

_ ¿Cómo te atreves? ¿Qué sueñas?

_ Es un pelo de mi cuerpo que suena una vez al día para que vengan a mí todos los animales que serían mi alimento, pero yo como retoños y raíces o yerbecitas finas. Yo, lo que necesito, para que me respeten, es un colmillo tuyo, que a ti no te haría tanta falta porque el pelo llevará a tu boca los alimentos con comodidad.

Todo el mundo quiere que le llegue la comida sin esfuerzo y el león soltó el colmillo.

El conejo llegó con la carga ante Dios.

_ ¡Conejo! ¡Si tú con ese tamañito logras tales cosas, si tuvieras mayor tamaño serías el azote de la creación! ¡No necesitas mayor tamaño!

El conejo se iba triste y dando tumbos al caminar. El Altísimo apenado lo llamó y le tiró de las orejas diciéndole: ¡Vaya, ahí tienes las orejas bien grandes, pero no te hace falta mayor tamaño!

(*) Basada en Leyenda recogida en Las Villas, Cuba.

¿Por qué los perros y los gatos riñen? (*)

La gata estaba embarazada y le dijo al ratón:

_ Compadre, yo quiero ser su comadre.

Cuando llegó el día el perro fue el padrino y la ratona la madrina.

El perro goloso preguntó:

_¿Quién hará el almuerzo en esta casa este día tan especial?

La gata contestó:

_Yo.

Cargó agua, fregó los platos, preparó la comida y dejó las ollas sobre el fogón que estaba encendido. Hecha toda esa faena, la gata se durmió. En cuanto cerró los ojos la ratona salió de su nido y se llevó la comida.

El perro entra a la cocina, destapa las ollas, mira dentro y no hay nada.

_Comadre, comadre ¿dónde está la comida?

La comadre no sabe, dice que ella la preparó y la dejó en las ollas sobre el fogón.

El perro desconfiado la llamó tragona y la mordió con tan mala suerte que la mató.

El gatito, hijo de la gata, después de mucho llorar, se puso a pensar, y tras mucho pensar acabó por encontrar la verdad:

_Yo creo que la ratona tuvo que ver en eso...¡Pero ella verá ahora!

Echándose con disimulo a la boca de la cueva donde vivía la ratona esperó que fueran saliendo los ratoncitos. Una vez que salieron los ratoncitos los puso en fila y a patadas y trompadas los meneó. Jugó y los zarandó hasta que la ratona salió por los gritos de los ratoncitos. El gatito la agarró también y se la comió.

Desde entonces, los perros y los gatos no se pueden ver.

Y los gatos persiguen a los ratones hasta el fin de la eternidad.

(*) Basada en cuento folklórico “Los Compadres” de Dora Alonso, Cuba.

EL CHINGOLO TIENE SU HISTORIA (*)

Dicen que el chingolo, el pájaro que anda a saltitos, y silba al cantar, tiene su historia.

Un viejo sapé, sabio y yuyero, le decía siempre a su hijo:

-Hijo mío, has nacido baqueano como tu padre y tu abuelo. Debes ser también, como ellos, un buen tropero... Sí, tropero... que es oficio de un sapé guapo y de ley. De día, silbando, silbando, se lleva la tropa de aquí para allá; de noche, cantando y mirando hacia el cielo, se cuida el ganado bajo las estrellas.

Pero al joven indio no le gustaba el trabajo, y menos aún el oficio de baqueano que su padre le daba. El indio sabio, empeñado en que su hijo llegara a ser un sapé de ley como él, trataba de hacerlo entrar en razón con consejos unas veces, con castigos otras. Pero todo resultaba inútil: el joven no cedía. No le gustaba la ocupación, y si alguna vez acompañaba a su padre, lo hacía con gran desgano y con mayor disgusto, tampoco le interesaba aprender sobre yuyos y otras yerbas, ni los viejos trucos de los baqueanos.

Sucedió que una tarde, padre e hijo iban arreando una tropa y tuvieron que vadear un río de torrentosa corriente. Llegados a un paso muy hondo, los animales comenzaron a dispersarse. El viejo tropero ordenó a su hijo que impidiese el desbande.

Tan mal cumplió el joven indio la orden del padre, por no haber escuchado las enseñanzas de su padre sobre la naturaleza y los animales, que el viejo sapé decidió hacerlo por sí mismo. Internó su caballo en la hondura del río, y como allí había un remolino, la fuerza del agua lo arrastró bien pronto. No pudiendo nadar porque la resaca y la espuma lo envolvían, murió ahogado el viejo baqueano.

Lloró el hijo la muerte de su padre. Se sintió culpable y un profundo pesar lo embargó. Queriendo tranquilizar su conciencia y pagar el mal que había hecho, decidió hacerse baqueano. Así creía poder consolarse de la pena que lo embargaba.

El indio aprendió el uso de las plantas medicinales, se ejercitó hasta conocer e interpretar a los animales y las señales de la naturaleza, se hizo sapé y baqueano. Comenzó a encariñarse con el oficio; trabajaba en él con alegre afán.

Silbaba de día mientras arreaba la tropa; o haciendo la ronda, cantaba

de noche “mirando hacia el cielo”.

El silbido del indio era más bien el suspiro de un alma que espera consuelo para su pesar.

Pero el consuelo no llegó nunca; y la calma del joven se convirtió en tormento.

-¡Pobre padre! -pensaba- ¡No se cumplirán nunca sus deseos de hacer a su hijo un sapé de ley!...

Agobiado por el dolor y el arrepentimiento, le dijo a un amigo:

“La pena me tortura y no puedo resistirla. Pronto he de morir. Cuando mis huesos queden libres, arrójalos uno a uno a los pasos o vados de los ríos y arroyos por donde he pasado cuando acompañaba a mi padre, con gran desprecio del trabajo y mala voluntad para cumplirlo. El amigo prometió satisfacer su pedido, y después de un tiempo, así lo hizo.

Dicen que el agua fue gastando poco a poco los huesos del tropero arrepentido, y que después de largos años, fueron esos huesos tomando la forma de huevos.

Dicen también que de cada uno de esos huevos nació un pájaro.

Ese pájaro es el chingolo. Anda a saltitos para recordarnos que aquel indio que no amaba el trabajo y que desobedeció a su padre, no pudo llegar a ser feliz.

Silba cuando canta, porque el sapé silba y canta de día y de noche azuzando la tropa en la soledad de los campos.

(*) Basada en un cuento gaucho.

¿Por qué grita el Benteveo? (*)

Cuando Akitá y Mondorí se casaron, ocuparon una cabaña construida con varios horcones clavados en la tierra y cubiertos con ramas y con hojas de palmera. Al morir la madre de Akitá, su padre les pidió albergue en su cabaña y, como buenos hijos, recibieron con cariño al pobre viejo a quien la edad y las enfermedades habían restado energías

y capacidad para trabajar. A pesar de ello él trataba de no ser una carga para sus hijos, a los que ayudaba en lo que le era posible.

Para entonces ya había nacido Sagua-á, que al presente contaba ocho años. Una de las tareas del abuelo, y que por cierto cumplía con sumo agrado, era atender al pequeño mientras sus padres, por su trabajo, se veían obligados a alejarse de la cabaña. Grandes compañeros eran el abuelo y el nieto. Jugando, aquél le enseñaba a manejar el arco y la flecha y nada había que distrajera más al niño que ir con él a pescar a la costa del río.

Cuando sus padres volvían, era su mayor orgullo mostrarles el surubí, el pirayú, el pacú o el patí que habían conseguido y que muchas veces ya se estaba asando en un asador de madera dura. Otras veces, era una vasija repleta de miel de lechiguana que logaran en el bosque no sin grandes esfuerzos.

Para el pobre anciano no había más deseos que los de su nieto y, aunque a costa de grandes sacrificios, muchas veces, su mayor felicidad era complacerlo. Tanta condescendencia había hecho del niño un pequeño tirano que no admitía peros ni réplicas a sus exigencias. Solo en presencia de sus padres que, compadecidos de la incapacidad del abuelo, restringían sus pretensiones, Sagua-á se reprimía.

A medida que el tiempo transcurría, las fuerzas fueron abandonando al pobre viejo que ya no podía llegar hasta la orilla acompañando a pescar a su nieto, ni hasta el bosque a recoger dulces frutos o miel silvestre. Pasaba la mayor parte de su tiempo sentado junto a la cabaña, haciendo algún trabajo que su poca vista le permitía: tejiendo cestos de fibras vegetales o puliendo madera dura que transformaba en flechas o en anzuelos para su nieto.

Sagua-á correteaba sin cesar, alejándose de la cabaña con cualquier pretexto y dejando solo y librado a sus pocas fuerzas al abuelo. Cuando los padres regresaban, encontraban siempre a su hijo junto al abuelo.

Pero sucedió que un día, Sagua-á se detuvo más que de costumbre en sus correrías por el bosque con otros niños de su edad y al llegar Akitá y Mondorí a la cabaña, hallaron al abuelo que no había probado alimento por no haber tenido quien se lo alcanzara.

Indignado, Akitá quiso conocer el comportamiento de su hijo en días

anteriores, haciendo preguntas al abuelo; pero éste, pensando siempre en el nieto con benevolencia y cariño, contestó con evasivas, evitando acusarlo y encontrando en cambio disculpas que justificaron su alejamiento.

Cuando Sagua-á llegó corriendo y sofocado, tratando de adelantarse al arribo de sus padres, Akitá lo reprendió duramente, enrostrándole su mal proceder, su falta de piedad y de agradecimiento hacia el pobre abuelo que tanto lo quería y que no había hecho otra cosa que complacerlo siempre.

Sagua-á nada respondió. Bajó la cabeza y su rostro adquirió una expresión de ira contenida. En su interior no daba la razón a su padre sino que, por el contrario, juzgaba injusto su proceder. ¿Por qué él, sano y fuerte, que podía correr por el bosque, trepar a los árboles, recoger frutos y miel silvestre, o llegar a la costa, echar el anzuelo y pescar apetitosos peces, debía quedarse allí, quieto, junto a una persona inmóvil? ¿Acaso al abuelo, cuando podía caminar, no le gustaba acompañarlo en sus excursiones? ¿Qué culpa tenía él, ahora, de que no pudiera hacerlo? Y en último caso, si no podía caminar, que se quedara el abuelo en la cabaña, que él, por su parte, nada podía remediar quedándose también.

Desde entonces, varios días permaneció la madre en la cabaña. El padre iba solo a trabajar. El abuelo se había agravado y ya no podía abandonar el lecho de ramas y de hojas de palma. Era necesario atenderlo y alcanzarle los alimentos, pues él era incapaz de moverse por su voluntad.

Un día muy temprano, cuando las estrellas aún brillaban en el cielo, Akitá salió a trabajar. Mondorí iría algo más tarde pues era imprescindible su ayuda ese día. Sagua-á quedaría cuidando al abuelo. Cuando despuntaba la aurora, Mondorí consideró que era hora de salir. Antes de hacerlo, despertó a su hijo que dormía profundamente.

El niño se despertó de mala gana, refregándose los ojos con el dorso de sus manos. Malhumorado al tener que dejar el lecho tan temprano, respondió irritado al llamado de la madre:

-¿Qué quieres! ¿No puedes dejarme dormir?

-No seas egoísta, Sagua-á. Tu abuelo no puede quedar solo y además es necesario atenderlo. Su enfermedad le impide moverse por su voluntad y es justo que se lo cuide. Tu padre y yo debemos trabajar y tú tienes la obligación de dedicarte al pobre abuelo enfermo.

-¿Por qué tengo que atenderlo? -insistió iracundo-. ¡Yo había decidido ir al río a pescar y por culpa de él debo quedarme acá como si estuviera

prisionero! ¡Ya he preparado la caña y yo iré a pescar! ¡El abuelo no necesita nada!

-¡No seas malo, Sagua-á! Recuerda que tu abuelo fue siempre muy bueno contigo y que sólo bondades y mimos has recibido de él. Ahora te necesita, ¡es justo que le dediques tu atención! ¡Te prohíbo que te muevas de casa! ¡Ya irás a pescar cuando hayamos vuelto tu padre y yo!

-¿Exiges que me quede? Muy bien... ¡me quedaré! ¡Pero te aseguro que no me obligarán a hacerlo otra vez! -concluyó amenazante el desesperado Sagua-á.

Mondorí se fue preocupada, acompañada por un triste presentimiento.

Mientras tanto, allá, en la cabaña de la selva misionera, su triste presentimiento se cumplía.

Sagua-á obedeció a su madre: no se movió de la casa; pero se dedicó a arreglar sus útiles de pesca y a preparar los elementos que utilizaría al día siguiente cuando pudiera ir al río como él deseaba. Del pobre abuelo ni se acordó siquiera.

En cierto momento oyó que lo llamaba con voz débil y entrecortada:

¡Sagua-á...! ¡Sa... gua...á...!

Malhumorado, el niño al verse molestado e interrumpido en su ocupación, de mala gana respondió:

-¿Qué quieres? ¡Ya voy!
Pero ni se movió.

El anciano, mientras tanto, se debatía en su lecho con un desasosiego que crecía por momentos.

Sagua-á oyó que lo volvía a llamar:

¡Ven... Sa...gua...á...! ¡Ven... por... favor...!

Acudió por fin el niño de mala gana, cuando estuvo junto a donde yacía el enfermo, airado volvió a preguntar:

¿Qué quieres?

¡Alcánzame un poco de agua...!

¿Tu vida se apaga? ¿Se apaga como un cachimbo? -y continuó riendo divertido por la gracia que le habían hecho sus propias palabras.

_Sí... mi vida se apaga... como un pito güé (1)... Alcánzame un poco de agua... Hazme ese favor...

Pero el desalmado, sólo pensaba en reír y repetía sin cesar:

_Pito güé... Pito güé...

El viejo, mientras tanto, llegados sus últimos momentos, con los labios reseco, vencido por una sed abrasadora, expiró. Al mismo tiempo el niño, que asistía impasible a la escena, continuaba repitiendo las palabras que le habían hecho tanta gracia:

_Pito güé... Pito güé...

Nada le hizo pensar en la transformación que se producía en esos momentos en él. Su cuerpo se achicaba, se achicaba más y más, cubriéndose de plumas de color pardo. Su cabeza, ya pequeña, se alargaba y su boca se transformaba en un pico con el que hallaba cierta dificultad para seguir gritando:

-Pito güé... Pito güé...

Momentos después, en la cabaña, sobre su lecho de palma yacía exánime el anciano, mientras en un rincón, junto a la ventana, un pájaro de lomo pardo y pecho amarillo, que tenía una mancha blanca en la cabeza, no cesaba de repetir:

-Pito güé... Pito güé...

Era Sagua-á, que, castigado por su egoísmo y su mal proceder, fue transformado en ave por uno de los genios buenos que enviaba Tupá a la Tierra. Ellos eran los encargados de premiar a los buenos y dar a los malos su merecido.

Cuando Akitá y Mondoví volvieron, encontraron al anciano muerto en su inimbé.

En el momento de entrar, un pájaro de plumaje pardo y amarillo voló pesadamente, saliendo de la habitación por la abertura de la puerta.

Una vez en el exterior, parado en una rama del jacarandá que crecía junto a la cabaña, no dejaba de gritar con tono lastimero:

-Pi...to güé... Pi...to güé... Pi...to güé...

(*) Basada en Leyenda guaraní.

El Chajá (*)

Curundú y Yasí se amaban apasionadamente desde la adolescencia, eran como dos mitades de un ser único; por eso cuando llegaron a la adolescencia se prometieron. Con una afiladísima uña de caracará el indio se hizo un incisión en el brazo y lo mismo le hizo a la bella india, a fin de que ambas sangres se mezclaran y permanecieran unidos aún luego de que Tupá los llamara.

Poco tiempo después, el cacique Itapé, jefe de la tribu, llamó a su hija Araí, que era tan hermosa como altiva, pues sentía que sus fuerzas disminuían y quería tener un nieto que pudiera sucederlo en el mando, para ello Araí debía casarse y tener un hijo.

_ Preciso que tú te cases enseguida y me des un nieto- dijo Itapé- . ¿Cuál de los guerreros te agrada para esposo.

_ Curundú –contestó Araí- Lo amo desde hace tiempo pero él solo tiene ojos para Yasí.

_Lo tendrás, si así lo quieres, con tal de que me des el nieto que necesito.

Itapé llamó a Curundú y le ordenó que desposara a su hija Araí. Curundú se negó rotundamente y le dijo que le había jurado a Yasí que la amaría eternamente.

_Tú conoces nuestra ley: desobedecer una orden mía se paga con el suplicio y la muerte- dijo Itapé amenazador- . Te doy un día para que cambies de opinión.

Pero Curundú se mantuvo firme:

_ Ni las torturas más atroces, ni la más terrible muerte, me harán traicionar a la mujer que amo. Castígame si entiendes que eso es justo, yo sé que no lo es.

Itapé lo hizo amarrar al tronco de un grueso algarrobo y allí lo abandonó, para que su cuerpo sirviera de alimento a los voraces urubúes.

Yasí, al enterarse de la cruel resolución, corrió hacia el sitio donde yacía prisionero Curundú. Abrazándolo le prometió que moriría junto a él:

_ No habrá fuerza en el mundo capaz de arrebatarme de tu lado.

Llegó la noche y se hizo presente Curupí, el genio tutelar de los enamorados.

_ Vengo a salvarlos, porque un amor como el de ustedes no puede morir jamás. Los convertiré en un casal de aves símbolo eterno de la fidelidad amorosa, ejemplo de los demás seres vivientes.

Puso sobre ellos sus manos, y al punto se transformaron en dos grandes aves de plumaje oscuro, fuertes puones y penacho airoso, que libres de toda amarra se elevaron por los aires lanzando el grito: "¡Chajá! ¡Chajá!"

(*) Basada en Leyenda guaraní recogida por Serafín J. García.

La Mariposa (*)

Entre todas las tribus guaraníes diseminadas a lo largo de las costas del río Paraguay, la del cacique Taguató era la que tenía las doncellas más lindas y esbeltas. Tanta fama de bellas mujeres tenía aquella comunidad, que muchos guerreros pertenecientes a otros núcleos indígenas le solicitaban a Taguató que los incorporase a su tribu, lo que les permitiría desposar a alguna de esas bellas jóvenes.

Una de ellas, Panambí, que era la de mayores encantos, gustaba de coquetear con los que la cortejaban para luego desdeñarlos sin miramientos. Parecía que en su corazón no había lugar para el amor.

Cierto día aparecieron en la zona los invasores blancos. Hubo una larga, cruel y sangrienta batalla; al término de la misma Tacuabó, junto a sus hombres, regresó a la toldería triunfante y con prisioneros.

Entre los blancos capturados se encontraba un joven rubio de grandes ojos celestes. Cuando lo vio pasar Panambí, quedó prendada de su belleza. Trémula y anhelante, la joven esperó el veredicto de los hechiceros.

El resultado del juicio resultó adverso para los prisioneros. Tupá no se pronunció y Añá habló, desde el abismo insondable que habitaba, diciendo que los blancos eran sus emisarios. Taguató, entonces, los condenó a morir incinerados, para que no quedara ni el menor vestigio del mal que portaban.

Panambí, llorosa y desgredada, postrada a los pies de Taguató imploró que le perdonara la vida al joven blanco de ojos celestes, pero el jefe no cedió, inflexible. Al rayar el alba del día siguiente serían cremados todos los prisioneros.

Cuando llegó la hora señalada para el sacrificio, entre los prisioneros faltaba justamente el joven de ojos celestes y rubia cabellera. Panambí, seduciendo con sus encantos a los guardias, había liberado al joven huyendo con él. Pero el extranjero la abandonó para reunirse con los suyos que estaban organizándose para atacar de nuevo a la tribu. Entonces Panambí cayó al pie de un isipó y lloro a la par de éste, largos días con sus largas noches, hasta que la muerte la liberó de su pena inconsolable.

Largo tiempo después los súbditos de Taguató la encontraron y vieron con asombro que sobre su cuerpo enjuto revoloteaba un insecto bellísimo, con grandes alas luminosas y de varios colores. Era la mariposa que recién nacía. Consultados los brujos, dijeron que era el alma de Panambí que se había convertido en esa espléndida criatura alada.

Es así que al advertir que la brillante y delicada mariposa se movía en un revoloteo indeciso, posándose fugazmente en cada flor que hallaba a su paso, los indios guaraníes recordaban la época en que Panambí coqueteaba con versatilidad alegre y juguetona, cambiando de pretendientes.

(*) Basada en Leyenda guaraní recogida por Serafín J. García

El Colibrí (*)

Tiempo atrás el joven guerrero Mainumbí, fuerte y bravo, esbelto como un junco y ágil como un venado, era una especie de ídolo para las jóvenes de la tribu que morían de amor por él y aspiraban conquistar su voluble corazón.

El gallardo indio, consciente de los atributos físicos con que Tupá lo había agraciado, experimentaba un enorme placer en atormentar a las apasionadas muchachas de la tribu, burlándose de ellas y abandonándolas una tras otra, luego de jurarles un cariño inmenso.

Enamorado de sí, como Narciso, se complacía mirándose en el agua de los remansos.

_ Es tiempo que te decidas a elegir compañera -le dijo su padre un día- Es costumbre de nuestra tribu que el guerrero constituya hogar joven a fin de que sus hijos hereden en plenitud sus fuerzas y valor.

_ Aguarda un poco -respondió Mainumbí-. Aún no he encontrado una joven que sea digna de mi afecto.

Tupá lo escuchó, y decidió dar un ejemplar castigo a quien diera tan presuntuosa respuesta. Cuando Mainumbí salió a vagar por el campo en la noche, ante sus ojos se corporizó una bellísima mujer desconocida, que más que un ser humano parecía una flor.

Verla y enamorarse ciegamente de ella fue todo uno. Pero cuando se acercó a hablarle la mujer echó a andar a campo traviesa diciéndole:

_ Sígueme, pero no intentes tocarme, pues me desvaneceré como un sueño ante tus ojos.

_ Iría hasta el fin del mundo detrás de ti- contestó Mainumbí.

Así, pasó la noche caminando hasta el amanecer hasta que la bella mujer se detuvo. El sitio donde ella eligió detenerse estaba lleno de hermosas flores recién abiertas.

_ Cierra un instante los ojos –dijo la joven- y cuando te ordene vuelve a abrirlos y búscame. Si me encuentras, seré tuya para siempre.

El guerrero cerró los ojos y, cuando ella le indicó que los abriera, la bella visión había desaparecido. Se oyó una voz inconfundible que decía:

_ Tupá me ha convertido en una de las flores que aquí ves. Y tú ya no eres un indio sino un pequeño pájaro, más hermoso que todos los que existen y que se llamará Mainumbú. Tu castigo, por presuntuoso y pagado a ti, será buscarme entre la infinidad de flores. ¡Anda, vuela y comienza la tarea!

Mainumbú, estupefacto, ya no entendió palabra alguna. Comenzó a surcar los aires con rapidez, como una flecha, transformado en un ave pequeña de rutilantes colores que revoloteaba de flor en flor.

Acababa de nacer el colibrí o picaflor, llamado por los indios guaraníes mainumbí.

(*) Basada en Leyenda guaraní recogida por Serafín J. García.